

titulado *El Marañón*, escrito en las postrimerías del siglo xvi por don Diego de Aguilar y Córdoba, español vecindado en Huánuco, por mucho que Cervantes, en su *Viaje al Parnaso*, lo creyera peruano. Entiendo que ambos poemas valen poquita cosa; pues al tener mérito real no continuarían inéditos.

En el siglo xvi no tuvimos, nacido en nuestro suelo, un sólo poeta; pues no podemos ni debemos estimar como nuestro al licenciado Pedro de Oña, educado en Lima y natural de Chile, que escribió *Arauco domada*, pobrísima producción de pobre númen, y que, en 1599, publicó también un trabajo poético, nada notable, sobre el terremoto que, en ese año, sufrió nuestra ciudad de los Reyes.

Ni el general Alonso Picado, ni Diego Martínez de Rivera, ni Alonso de Estrada, ni el capitán Juan de Montes de Oca, ni Carlos de Maluenda, ni Diego Sarmiento, ni Salcedo y Villadrandó, ni tantos y tantos otros nombrados en el *Laurel de Apolo*, en el *Viaje al Parnaso* y en la *Miscelánea austral*, fueron nacidos en el Perú, si bien es cierto que fué bajo su cielo donde se desarrollaron las dotes poéticas que á varios de ellos enaltecieron.

Contemporáneo de estos poetas es un poema titulado *Armas antárticas*, que hoy se encuentra en la Biblioteca de Lima entre los manuscritos de la librería Zegarra. Su autor don Juan de Miramontes y Zuazola se propuso relatar en veinte cantos, y en octavas muy descuidadas, las proezas de los capitanes que realizaron la conquista. Desde el cuarto hasta el décimo canto, la narración, aunque pobre en forma poética, reviste algún interés, por las noticias históricas que da el autor sobre diversas empresas de piratas en el Mar del Sur.

Ya en el primer cuarto del siglo xvii empieza á hablarse de dos poetas limeños —Cristóbal de la O y el hermano de León Pinello.— Del primero sólo sabemos que era un improvisador de redondillas y décimas, un cultivador de la musa popular, y que no debió abundar en chiste, pues ninguna de sus improvisaciones le ha sobrevivido. De Pinello conocemos únicamente un libro místico en verso, que hojeamos há muchísimos años, y que no nos inspiró favorable concepto de su númen.

Ni el franciscano Ayllón, nacido en Lima, que publicó en 1630 un largo romance, por entonces muy elogiado, pero hoy muy soporífico, *A los mártires del Japón*, ni el dominico fray Adriano Alecio, también limeño, que en 1645 dió á lo estampa su poema

*El Angélico*, fueron poetas de cuyo mérito podamos vivir engraidos, si bien el dominico no merece absoluto desdén. Con menos conceptismo sería su libro de atrayente lectura. No sucede lo mismo con los romances hispano-latinos del jesuita Rodrigo de Valdés, impresos, en 1687, con el título *Grandezas de Lima*. Menéndez y Pelayo, con el clarísimo criterio que lo distingue, dice que el limeño jesuita no escribió en latín ni en castellano, sino en una jerigonza bárbara. Repito lo mismo.

¿Es esto decir que el Perú no tuvo, en dos siglos, siquiera un poeta merecedor de renombre? Lejos de mí el desconsolador pesimismo. Tuvimoslo, de 1683 á 1691, en el limeño Juan de Caviedes, gran poeta satírico, que (como en más extenso juicio lo he expresado en otra oportunidad) si en erudición y doctrina no iguala ciertamente á Quevedo, se le aproxima en lo regocijado de su musa, en la travesura de ingenio, en lo discreto del retruécano y hasta en las galas de bien decir. Los versos de Caviedes tienen, para mí, la corrección y la soltura que solo he encontrado en muy pocos de los *humoristas* contemporáneos. Ciertamente que el *Diente del Parnaso* de Caviedes no es lectura que yo brindaría á una dama pudorosa, como no pondría en sus manos los romances picarescos, las jácaras y las sátiras del gran Quevedo, ni la *Celestina*, ni la *Lozana andaluza*, ni la trágicomedia de *Calisto y Melibea*, ni otros muchos de los libros clásicos, que son gala y orgullo de las castellanas letras. No siempre un literato ha de ser catedrático de moral austera, ni se puede generalizar el privilegio de que hasta ahora disfrutaban el libro del padre Cirilo y el libro del padre Claret, libros que ni las monjas rechazan, y en los que encuentro detalles pornográficos tan subidos de color como los de Zola en *Germinal* y en *Terre*.<sup>(1)</sup>

Hay que convenir en que si fué crecida, durante los siglos xvi y xvii, la cifra de poetas españoles que, en tierra peruana, tributaron culto á las musas, sólo uno dejó producción merecedora de universal elogio. Aludo al fraile sevillano Diego de Ojeda, guardián de la Recoleta dominica de Lima, autor del poema sacro *La Cristiada*, poema que figura en la selecta *Biblioteca de autores españoles*, y refiriéndose al cual dice el ilustre prologuista de la *Antología*, que ha sido singular privilegio del suelo americano que en él se hayan escrito las principales epopeyas del siglo de

(1) Hemos creído conveniente ampliar este volumen reproduciendo las obras poéticas de Caviedes.

oro de la literatura española:—la epopeya histórica, en Chile, con la *Araucana* de Ercilla; y la epopeya sagrada, en el Perú, con la *Cristiada* del padre Ojeda. Y el gran Quintana, extremando más el aplauso, dijo, hablando de uno de los cuadros ó escenas del poema:—«nada conozco que aventaje en grandeza á este fragmento, que puede ir á la par con los que más se admiran en «Homero, Milton y Dante». No cabe elogio más culminante para una obra literaria.

Tengo por cierto que la tibia brisa tropical que en Lima se respira, y lo irisado de su cielo en la hora crepuscular, disponen el espíritu para las lucubraciones de la fantasía. La vida social, por otra parte, tiene mucho de poética; y así me explico el gran número de españoles que, acaso en su patria, jamás se habrían creído llamados á escribir versos y, que, en Lima, los produjeron á porrillo. El país, la naturaleza y el centro en que se vive, son fuente de inagotable inspiración para el poeta. Solo en Madrid habría podido el mexicano Alarcón escribir su *Verdad sospechosa*; y tal vez solo en Lima, y en medio de las flores del jardín de la Recoleta, podía el padre Ojeda concebir y llevar á término su magnífico poema *La Cristiada*.

## II

En literatura, como en religión, como en política y como en todo, hay *mistificaciones* ó *supercherías*; y para mí entra en el número de ellas la epístola en silva que, con el seudónimo de *Amarilis*, dirigió á Lope de Vega, en 1620, una dama huanuqueña. Menéndez y Pelayo cree á pie juntillas en la existencia real de la poetisa, y forzando, con el admirable talento que le es propio, la disquisición, llega hasta bautizarla con el nombre de doña María de Alvarado.—En Huánuco, agregó yo, no ha faltado vecino que, estimándola como ascendiente suya, la llamó doña María de Figueroa; y hasta hay quien la supone hija de don Diego Aguilar, autor del poema titulado *El Marañón*.

También la limeña *Clarinda* (que escribió en 1607) á quien Cervantes nos presenta no como madre de gallardos infantes, sino de unos robustos tercetos *En loor de la poesía*, antójaseme que es otra *mistificación*, y tan clara como la luz del medio día.

No es esto decir que niegue yo, en la mujer americana de aquellos siglos, ingenio para el cultivo del Arte; y, ciertamente, que halagaría mucho nuestro amor propio ú orgullo nacional el que fuese verdad tanta belleza.

La educación de la mujer, en el siglo xvii, era tan desatendida que ni en la capital del virreinato abundaban las damas que hubiesen aprendido á leer correctamente; y aún á éstas no se las consentía más lectura que la del *Año Cristiano* ú otros libros devotos, autorizados por el gobierno eclesiástico y por la Inquisición, enemiga acérrima de que la mujer adquiriese una ilustración que se consideraba como ajena á su sexo. Aún dando de barato que, sustrayéndose la mujer al rigorismo de los padres y al medio social ó ambiente prosáico en que vivía, se dispertasen en ella aficiones poéticas, mal podía cultivarlas por carencia de libros, que rara vez nos venían de España; amén de que muchos sólo de contrabando podían llegarnos, por no consentir el gobierno de la metrópoli que circularan en el Nuevo Mundo. Las bibliotecas de los conventos abundaban, es verdad, en infolios latinos, lengua que siempre fué problemático alcanzasen, ni medianamente, á traducir las monjas de nuestros monasterios. Todavía otra cortapisa. No bastaba con que un libro estuviera excomulgado ó puesto en el *Index* expurgatorio, por contener frases mal sonantes ó doctrinas calificadas de heréticas, sino que hasta para la lectura de ciertos clásicos, necesitaba un hombre proveerse de licencia eclesiástica. Y si á esta severidad estaba estrictamente sometido el sexo fuerte, mal puede aceptarse que en manos de mujer anduvieran Ovidio, Marcial ó Tibulo.

Como no hemos de acordar ciencia infusa á nuestras compatriotas de pasados, presente y venideros siglos, está dicho que nos resistimos á creer que las dos imaginadas poetisas hubieran, sin muchos años de lectura y estudio, alcanzado á versificar con la corrección y buen gusto que en la silva y, más que en ella, en los tercetos de *Clarinda*, nos cautivan. Hay primores ó *exquisiteces* rítmicas que no se conocen ni adquieren sino después de mucha costumbre de rimar, y de estar uno familiarizado con las producciones de los más aventajados ingenios; y en esas gallardías son pródigas ambas poetisas.

*Clarinda* pudo sustentar cátedra de Historia griega y de Mitología. Nos habla sin femeniles escrúpulos, como mujer superior á su siglo, de los dioses y diosas del Olimpo; y de Homero y la

*Iliada*, y de Virgilio y la *Eneida* nos dice maravillas; manosea con desenfado á los personajes bíblicos, y casi trata tú por tú, como quien ha vivido en larga intimidad con ellos, á Horacio, á Marcial, Catulo, Lucrecio, Juvenal, Persio, Séneca y Tibulo. Véase algo de lo que de ellos dice:

Conocido es Virgilio que á su Dido  
rindió el amor con falso disimulo,  
y el tálamo afeó de su marido.

Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,  
Marcial, Valerio, Séneca, Avieno,  
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo.

y tú ¡oh Ovidio de sentencias lleno!  
que aborreciste el foro y la oratoria  
por seguir de las nueve el coro ameno.... etcétera.

En tercetos anteriores, y como pretesto para relatarnos que ha leído á Sófocles, á Aristóteles, á Ennio, á Estrabón y á Plinio, nos exhibe á Cicerón, al cual indudablemente no ha conocido solo de nombre, pues traduce uno de sus conceptos:

Oid á Cicerón cómo resuena  
con elocuente trompá, en alabanza  
de la gran dignidad de la Camena;

El buen poeta (dice Tulio) alcanza  
espíritu divino, y lo que asombra  
es darle con los dioses semejanza.

Dice que el nombre del poeta es sombra  
y tipo de deidad santa y secreta,  
y que Ennio á los poetas santos nombra.

Aristóteles diga qué es poeta,  
Plinio, Estrabón, y digámoslo Roma  
que dió al poeta nombre de profeta.... etcétera.

En los tercetos *En loor de la poesía* hay lo que puede llamarse derroche de ilustración y gran conocimiento de los clásicos griegos y latinos, cuyo estudio, en 1607, apenas si se iniciaba en la Universidad de San Marcos, á cuyas aulas no era aún lícito

penetrar á la mujer. La mujer sabia no fué hija del siglo xvii, en América, como tampoco lo fué la mujer libre-pensadora ó racionalista. Para la mujer, en el Perú, no había siquiera un colegio de instrucción media, sino humildísimas escuelas en las que se enseñaba á las niñas algo de lectura, poco de escritura, lo suficiente para hacer el apunte del lavado, las cuatro reglas aritméticas, el catecismo cristiano y mucho de costura, bordado y demás labores de aguja. Hasta después de 1830 no hubo escuela en la que adquiriesen las niñas nociones de Geografía é Historia.

La verdad es que, en la primera mitad del siglo xvii, México se enorgullecía con ser patria de una poetisa—Sor Juana Inés de la Cruz—nacida en 1614, la que mantenía correspondencia poética con laureados ingenios de Madrid, y aún con vates españoles residentes en el Perú. No era una poetisa anónima, sino un espíritu que sentía y se expresaba con la delicadeza propia de su sexo, de un talento claro, y de una inteligencia cultivada hasta donde era posible que, en América, alcanzase la mujer. No fué una sabia, ni un portento de erudición como la pseudo-autora de los tercetos; fué sencillamente una poetisa que transparentó siempre, en sus versos, femeniles exquisiteces.—Si México posee una hija mimada de Apolo, el Perú la tuvo antes, se dijeron nuestros antepasados; y por esta razón de pueril vanidad patriótica no hubo, en los tiempos de la colonia, quien, sin prejuicios y con ánimo sereno, acometiera la investigación. Y así la mistificación se perpetuaba, y podíamos exhibir una competidora á la bien y legítimamente conquistada fama de la mexicana monja.

Indudablemente, el autor de la composición *En loor de la poesía* era buen poeta y hombre de vastísima ilustración, que se propuso halagar á su amigo Diego Mexía, el Sevillano, enviándole, para proemio de su *Poema antártico*, los magníficos tercetos. Y que Mexía se hizo cómplice en la mistificación, no cabe dudarlo; pues, aparte de que mucho debió engreirlo el ser objeto del encomio de una dama, estampa socarronamente que la autora de los tercetos es una señora principal de Lima, muy versada en las lenguas toscana y portuguesa, cuyo nombre calla por justos respetos. *Connu!* que diría un francés.

Nunca los resplandores del sol pasaron inadvertidos, y sol dsplendoroso en nuestro mundo americano habría sido la mujer

que tan alto descollara en las letras. Ni el mismo Diego Mexía se habría obstinado en guardar secreto sacramental, no porque con ello defraudaba gloria agena usufructuándola casi en su provecho, sino porque el aplauso anónimo parece aplauso mendigado, y no brinda garantía de ser sincero y merecido.

Sospecho que, aún en los tiempos de Diego Mexía, hubo de ser generalizada la creencia en que los rotundos tercetos eran hijos de varonil inspiración; pues de otra manera la excitada curiosidad se habría puesto en acción para conocer el nombre de la sabia y misteriosa *Clarinda*. En literatura, no hay secreto impenetrable cuando hay firme empeño en conocerlo; y menos éste, pues se trataba sólo de investigar entre cien limeñas que supieran leer y escribir con regular corrección, cual era la que mantenía comercio con las musas, investigación no muy trabajosa en una ciudad cuya masa total de población era, en muy poco, mayor de cuarenta mil almas. Solo la piedra preciosa puede ocultar su brillantez en la impenetrabilidad de la mina; pero el talento es como el sol, cuyos rayos deslumbradores, si alguna vez se esconden entre la niebla, no por eso dejan nuestras pupilas de adivinarlos.

Tiene sobrada razón, como dice Menéndez y Pelayo, el poeta colombiano Rafael Pombo cuando, en el prólogo de las poesías de Agripina Montes del Valle, escribe que en verso castellano no se ha discurrido tan alta y poéticamente sobre la poesía, como en la composición de la anónima limeña.

Estas mistificaciones, marrullerías ó chanchullos poéticos, han sido moneda corriente en América, y quiero comprobarlo citando algunas de nuestros días. Durante más de dos años fué unánime el coro de elogios tributado á varias delicadas composiciones que, con la firma *Edda la bogotana*, reprodujo la prensa de nuestras repúblicas. Al fin, se desvaneció el misterio, y llegó á ser de público dominio que esa firma fué un seudónimo que ocultaba el nombre de uno de los más esclarecidos poetas contemporáneos de nuestro continente, el cual encontró complacencia en avivar la curiosidad de los lectores manteniendo en pie, mientras le fué posible contar con la discreción del impresor, la que él estimaba como inocente travesura.

Y para hablar solo del Perú, recordemos que ha casi un cuarto de siglo nos traía intrigados la firma *Leonor Manrique*, que con frecuencia se leía en uno de nuestros diarios, al pie de versos muy galanos, así como los de *Lucila Monroy* y *Adriana Buendía*

suscribiendo poesías, si bien menos correctas que las de aquella, no por eso menos agradables. Pues bien, todo ello, con el correr de los meses, se supo que fué puro entretenimiento y pura broma de dos poetas de buen humor. No sería de maravillar que un futuro historiógrafo de las letras peruanas, ateniéndose á la prensa periódica, obsequiase al Perú un cardumen de poetisas que existieron sólo en la fantasía de escritores traviesos.

Trece años después de la aparición de *Clarinda*, que no volvió á inspirarse ni á dar señales de vida, se nos presenta, en 1620, la *Amarilis* de Huánuco, con su epístola en silva, dirigida á Lope de Vega. Nueva mistificación.

Lo artificioso de las imágenes en el platonismo amoroso, más aún que la estructura de los versos, propia de pluma muy ejercitada en la métrica, nos están revelando á gritos á un hijo, y no de los peores, del dios Apolo. Ese mismo empeño en hacer su autobiografía nos es sospechoso por lo impropio y rebuscado, pues ninguna mujer románticamente enamorada de un hombre, á quien no conoce más que por sus comedias, es capaz de imaginar que, para obtener correspondencia de afectos, la sea preciso contar, de buenas á primeras, al hombre de su amor, que los abuelos de ella fueron de los conquistadores del Perú y de los que fundaron la ciudad de los caballeros del León de Huánuco; que, niña aún, quedó huérfana y confiada á la tutela de una tía; que tiene una hermana, un tanto devota, llamada Belisa, cuyo marido es muy buen muchacho; y, por fin, que ella vive contenta en su celibato, consagrada sólo al amor espiritual que la inspira Belardo, nombre con que bautiza á Lope de Vega. ¿A qué venía esa confesión, no de culpas, sino de boberías? ¿Quién sabe si el malicioso vate madrileño, después de leer las noticias autobiográficas, no exclamaría

—Y á mí, señora, qué me cuenta usted?

No siempre tiene uno interés en imponerse de vidas ajenas. Quede eso para los ociosos, y Lope no lo era.

El inventor de *Amarilis* contrasta con el inventor de *Clarinda*. Ésta, en sus tercetos, apenas si, por incidencia, habla de su femenil persona, y aún en eso anda un tanto gazmoña. La de la epístola á Lope, más que una dama culta y de buen tono, es una comadre cotorrera que echa á los cuatro vientos lo suyo y lo ageno.